

BROTO

Pinturas 2003-2022



Museo Salvador Victoria

13 de mayo • 27 de agosto de 2023

JOSÉ MANUEL BROTO

Pinturas 2003 - 2022

Museo Salvador Victoria

13 de mayo a 27 de agosto de 2023

Comisario: Ricardo García Prats

Coordinación: Lola Durán Úcar

Montaje: R. García Prats y

personal ayuntamiento

Transporte: Art i Llar Balears

Seguro: HISCOX

CATÁLOGO

Texto presentación: Antón Castro

Fotografías: Archivo J.M. Broto

Producción gráfica: ARPIrelieve, S.A.

Depósito Legal: TE 68-2023

Fundación Museo Salvador Victoria

Patronato

Presidenta: Pilar Citoler

Presidenta Honor: Marie-Claire Decay

Vicepresidente: Ángel Gracia

Vocales: Víctor M. Lucea

Luis Nozaleda

Manuel Górriz

Antonio Rico

José Prieto

Julián Azuara

Marisa Luisa Redón

Secretaría: Miriam Romero

Museo Salvador Victoria

C/ Hospital, 13

44415 Rubielos de Mora

www.museosalvadorvictoria.com

Director: Ricardo García Prats

Obra portada:

S. T. 2015. Acrílico/tela, 40 x 40 cm

Obra contraportada:

S. T. 2009. Acrílico/tela, 40 x 40 cm

Obra solapa interior:

S. T. 2010. Acrílico/tela, 40 x 40 cm



20 AÑOS
2003-2023

BROTO, LA SINFONÍA DEL COLOR

Antón Castro

En la vida de un pintor hay muchas vidas, secuencias, instantes de intensidad y de búsqueda, ciudades. En la vida de un pintor hay obsesiones, entrega, estados de ánimo, y hay, ante todo, un ascetismo casi constante: un modo de enfrentar la actividad plástica, que es una necesidad, una forma de afirmación y un acto de comunicación. No sabemos si podemos comparar, en cuanto a vocación y a ejercicio de la pintura, a José Manuel Broto (Zaragoza, 1949) con Piet Mondrian, Giorgio Morandi, Joan Miró o Mark Rothko, pero hay en él mucho de la actitud de los cuatro: una actitud pareja ante el lienzo, la pureza del artista que persigue lo absoluto; un deseo interior de transformarse en esa materia intemporal de la pintura; y sentido del color, entendido como divertimento, como proclamación de la alegría, como apetito de perfección e incluso como conocimiento de uno mismo desde la lentitud.

¿Cuántos pintores, o películas de una existencia, hay en la trayectoria de José Manuel Broto? Varios. Varias apuestas, etapas, series, homenajes, y siempre hay algo consustancial y permanente: el intento de ordenar el caos. El exterior, el de un mundo desgarrado por cataclismos de diversa índole, y el interior, que nace del silencio, de la urgencia de entenderse, de esa indagación en la memoria, en la inteligencia y en la sangre. En una ocasión, quizá cuando recibió un premio de la Fundación José Antonio Labordeta, el pintor recordó que el profesor, cantante, escritor y político, entre otras cosas, le había comprado su primer cuadro en la galería Libros de Víctor Bailo.

Por aquellos días, el fotógrafo Joaquín Alcón lo retrataba en su estudio con una aureola tan romántica como bohemia; entonces, José Manuel Broto había apostado por la llamada «pintura-pintura» (inspirada en el grupo francés Support-Surface, que partía del marxismo y el psicoanálisis) y se sentía muy cómodo en cuadros casi monocromos, blancos, azules y negros, tamizados por la geometría.

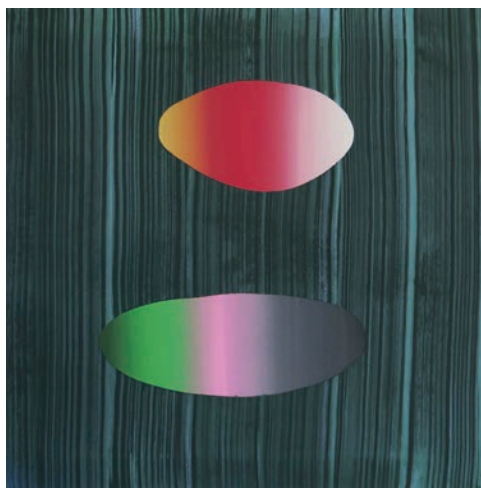
Poco después dejaría su ciudad, casi para siempre, aunque en realidad nunca se ha ido del todo; se instalaría en Barcelona, e integró al grupo de «Trama», que fue entendido, elogiado y animado por Antoni Tàpies. En los años 80 y 90, cuando estallaban con gran fuerza nuevas tendencias de la pintura española, José Manuel Broto descollará con una pintura poderosa, ocre e intensa, de gesto y materia, de iconos personalísimos, realizada en París.

En 1996, tras ganar el Premio Nacional de Bellas Artes, expuso en el Museo Reina Sofía, y encontró su sitio en foros nacionales e internacionales. Más tarde, en su lógica evolución, que abarca no solo grandes y pequeños cuadros, casi siempre al acrílico, también el dibujo y el grabado, desembocó en una obra de color, de vibración, libertad y ritmo musical, donde se mezcla el acrílico sobre tela y la impresión digital, algo que le interesa mucho y que le permite explorar términos o cualidades de la obra como elegancia, armonía, equilibrio, gestualidad y los distintos fuegos del cromatismo, esa carta de tonos de luz donde es posible todo: la sorpresa, el movimiento, la sugerencia, el arrebato, el capricho y la energía. «El color puede ser dinámico, divertido, alegre: al fin y al cabo, yo como pintor intento ordenar el caos, sugerir un poco de esperanza y de serenidad en medio del barullo y de la crisis», le gusta decir. «La forma es también color. Sin color no hay forma. Forma y color son uno», escribió el teórico Johannes Itten.

La exposición que presenta en el Museo Salvador Victoria no es una retrospectiva pero sí tiene ese marchamo: recoge una amplia selección de sus obras pintadas en el siglo XXI, algunas en París pero la mayoría en los últimos años en Mallorca. El pintor ha contado en varias ocasiones que trabaja en un lugar con mucha luz que se abre hacia un horizonte infinito y que oye a diario el canto de los pájaros, la música del viento, y contempla y percibe la fuerza y la claridad del sol. Allí pinta, dibuja, prepara obras para ser grabadas y trabaja al ordenador: usa programas específicos para la pintura, el diseño y la arquitectura. Trabaja siempre con música, compositores clásicos y contemporáneos, Bach, Olivier Messiaen, Philip Glass, ha rendido un homenaje específico a Carlo Gesualdo, y siempre



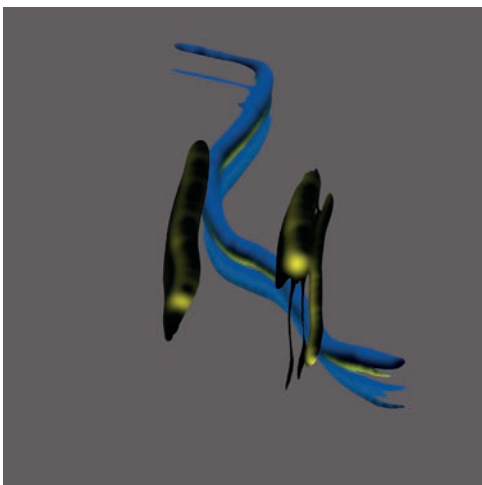
S. T. 2022. Acrílico/tela



Otros universos Ocho. 2017. Acrílico/tela



Electricidad. 2007. Acrílico/tela



Intervalo XIV. 2003. Tintas pigmentadas/papel



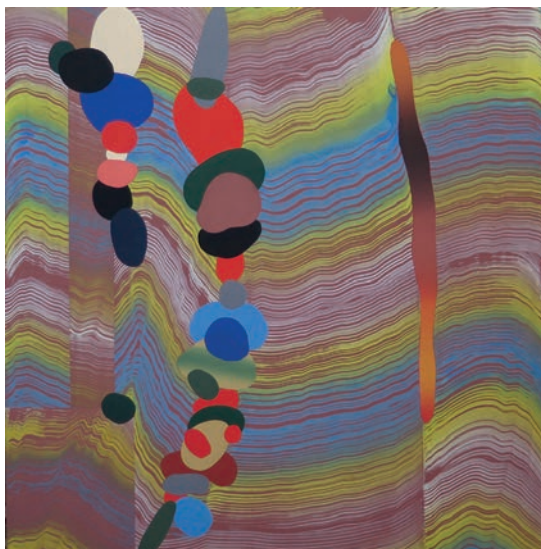
Secos Arabescos V. 2013. Acrílico/tela



S. T. 2003. Tintas pigmentas/papel



S. T. 2010. Acrílico/tela



Mundos XVI. 2015. Acrílico/tela



El color del hielo II. 2011. Acrílico/tela

tiene a mano libros que le interesan y que le ayudan a sentir, a explorar, a pensar, a desarrollar su poética y, por supuesto, a estremecerse.

José Manuel Broto, lector de los estructuralistas franceses durante años, ha dicho alguna vez que su pintura no es narrativa: no contiene un relato que se pueda contar. En absoluto. Él es otro tipo de pintor: la abstracción es una elección que le permite variaciones infinitas, lecturas sensoriales, un horizonte estructural donde todo es posible. José Manuel es, ante todo, un artista intuitivo que cree en el ritmo, en la evidencia y en la videncia, como decía Ángel Guinda de su poesía, en el gesto y en el movimiento. Si uno se fija en sus cuadros hay un puñado de constantes: los fondos suelen ser más bien monocromos, tiene una indiscutible querencia por los rojos, casi cabe hablar de los rojos-Broto o de los rojos intensos de Broto; y siempre hay una figura más bien informe, una sugerencia plástica, tal vez caprichosa o presentida, esos elementos que le dan al cuadro una sensación de ritmo, de arabesco y de vértigo. La mancha existe, sea al acrílico o por impresión, y nos recuerda que un cuadro es un laberinto, una aventura de la imaginación, una tentativa de trascender hacia la sensualidad y la emoción.

Broto, desde hace años, desde que abrazó el color con furia o con delectación, es un pintor luminoso, vitalista, un creador de paisajes que, en el fondo, solo existen en su cabeza, en sus manos y en su desbordante imaginación. Los colores de Broto son los colores de la vida y los colores que él lleva dentro. El pintor busca la tonalidad decisiva y la administra con tesón y paciencia en cada una de sus obras. Luego las agrupa bajo títulos sugerentes, «El color del hielo», «Arabescos», «Mapas», «Mundos», «Color vivo» u «Otros universos», que explican otra cosa: con distintas piezas, en distintos formatos, como si fuese un compositor, José Manuel Broto compone sinfonías cromáticas, de armonías un tanto inverosímiles, personales, que se vuelven ciertas y posibles, que tienen aceleración, tensión, sugerencia, estrépito y exaltación de la belleza más viva y más directa. Aunque quizá no sea uno de sus referentes más claros, José Manuel Broto podría decir con el impresionista Monet: «Los colores me persiguen como una preocupación constante. Incluso me preocupan en mis sueños», dijo. Y añadió algo más: «El color es mi obsesión diaria, la alegría y el

tormento». Creo que se puede deducir que estas poéticas de pintor podrían ser fácilmente asumibles por Broto.

Cabría ir un poco más allá y citar a Mark Rothko, más próximo al artista aragonés, que dijo: «No hay nada como una buena pintura acerca de nada. (...) El arte es una aventura que nos lleva a un mundo desconocido. Nuestra tarea como artistas es hacer que la gente vea el mundo tal como lo vemos nosotros». Broto funda un mundo desconocido, ebrio de incitaciones, y ofrece mediante metáforas visuales su percepción, su inventiva, su búsqueda; el más cotidiano le desagrada, en el que se siente un tanto extraño. «Todo verdadero artista se ha inspirado más por la belleza de las líneas y el color y las relaciones entre ellos que por el tema concreto de la imagen», anotó Piet Mondrian.

En cierto modo, en el friso de pequeñas piezas que se ofrecen en esta muestra podemos ver la escritura de la luz, los detalles acuciosos de una forma de estar en la tierra y en el arte. Broto se entrega en todo, sin heridas, con hermosura y fantasía, como quien entona un canto al planeta y a sí mismo. «Hago mis pinturas, hago mis colores, y así recupero aquel pulso primitivo del pintor arcaico y artesano, que tanto me gusta», decía hace algún tiempo. Broto es un pintor de su tiempo pero también reivindica el pasado de la pintura. Entre ellos, homenajea a un maestro como El Greco, como sucede en «El color del hielo», pero en su ADN de artista, de soñador y de orfebre espiritual de la plenitud se concentran otros artistas y otros trazos. En la muestra hay piezas que integraron algunas de aquellas series y que forman parte de su obra en marcha.

No deja de ser curioso que José Manuel Broto exponga en el Museo Salvador Victoria de Rubielos de Mora (Teruel). Victoria, formado en Valencia, en París y en Madrid, pasó del informalismo a la abstracción lírica, rebosante de color, llena de sutilezas y de plasticidad. No sé si existió una relación directa entre ambos, si se escribieron, pero no me extrañaría mucho que ambos se admirasen mutuamente. A Salvador Victoria no le resultarían ajenos la inspiración ni el método ni el acabado final de Broto, cuya obra no es ajena al lirismo, al dominio de la curva y a la constante explosión del color. También por ello esta es una exposición más que singular y en el fondo simbólica: acaso el acta de un feliz reencuentro.

José Manuel Broto

Zaragoza, 1949

Más de ciento cincuenta exposiciones personales y cuatrocientas colectivas avalan su trayectoria artística.

La defensa de la pintura como un poderoso medio de expresión, el rigor y la coherencia de su trabajo le han convertido en un modelo y referente para los creadores españoles.

Su trabajo está representado en museos y grandes colecciones de todo el mundo y ha sido merecedor de numerosos galardones entre los cuales el premio Nacional de Artes Plásticas, Premio San Jorge, Premio Nacional de Obra gráfica, Premio Arco de la asociación de Críticos, Premio Rotary Club, Premio Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, Premio Aragón Goya de grabado, Premio José Antonio Labordeta.



